

Franquismo y disidencias de derechas: entre la vigilancia y la represión en los campos regionalista y juanista

Francesc Vilanova i Vila-Abadal

Universitat Autònoma de Barcelona/
Fundació Carles Pi i Sunyer

«Debe fijarse claramente su posición en relación con el actual Régimen. Si constituye una oposición o una continuación y, 'n su caso, qué oposición o qué continuidad. No puede prolongarse la situación oscilante actual en que se es juego del Gobierno, a ratos en posición oficiosa, a ratos en semiclandestinidad, siempre como esperando prosperar no por propia fuerza, sino d" favor. Esto quita toda autoridad fuerza frente al Gobierno ante el país»¹.

Entre el miedo al pasado y los compromisos del presente; entre las dudas y las fidelidades; entre el querer y el poder; entre la disidencia y la sumisión; entre el agradecimiento y el aprovechamiento; entre el desprecio y la resignación. He aquí algunos de los dilemas que se plantearon a lo largo de los años de la dictadura franquista en algunos de los grupos políticos, sociales e intelectuales que, por una razón u otra, estuvieron del lado de los insurrectos desde los primeros momentos de la sublevación y, más tarde, se movieron dentro de los estrechos márgenes del sistema, dentro de los límites estrictos marcados por el franquismo, con alguna esporádica y traumática excursión al territorio de las disidencias.

Monárquicos juanistas, carlistas, católicos, regionalistas catalanes; gentes procedentes de las clases dominantes de la España contemporánea

¹ I/II:III:III:VII:VI//MS. R.: «Notes sobre el "contubernio de Munich". Juny de 1962»; texto citado en VII:ANOV II VIII:AI:III:II. F.: Ramon d'Abadal: entre l'"història i la política, Lleida, Pàgs. editors 1996, p. 567.

encontraron refugio y medraron bajo el paraguas protector de un movimiento insurreccional, institucionalizado en una dictadura, que hizo de la contrarrevolución, el nacionalismo español más radical, el integrismo católico y el modelo fascista, santos y señas para la construcción de un modelo alternativo al de la Segunda República, conceptualizada por estos insurrectos y sus adláteres pura y simplemente como revolucionaria y antiespañola. ¿Eran, todos estos grupos y etiquetas, franquistas? Para cierta historiografía española, no lo parece así². Pero no voy a entrar en un debate nominalista y casi tan interminable y abstruso como el del modelo fascista español³. Simplemente, voy a intentar exponer algunos casos, procedentes del regionalismo catalán y del mundo monárquico juanista, que pueden servir de ejemplos de las tensiones internas y externas que se cruzaron en la convivencia de la dictadura con algunos de los grupos (o «familias», como mejor prefiere denominarlos Javier Tusell) que la sustentaron, participaron de su proyecto y de las áreas de gestión que les cedió y, en ocasiones, le mostraron su malestar o su desacuerdo, la mayoría de las veces con extrema cautela⁴.

En ningún caso puede hablarse de oposición al régimen, de alienamiento con el mundo antifranquista. Si hay algo en común en las diferentes familias del franquismo es su total y absoluta aversión a todo aquello que huela a republicanismo, laicismo o, simplemente, democrata, o recuerde el pasado republicano y de la guerra. Todos ellos, incluidos monárquicos y regionalistas huyen de cualquier intento de aproximación, pactos más o menos encubiertos o acuerdos puntuales. Quizá sólo se podría hacer una cierta excepción en el caso de los regionalistas catalanes, y ello se debe más a la estulticia del régimen franquista que a otra cosa. El antiatalanismo radical del franquismo

² Véase, por ejemplo, TISELL, J.: *La oposición democrática al franquismo, 1939-1962*, Barcelona, Planeta, 1977, donde se fija el canon de esta interpretación historiográfica. Todavía más claro puede leerse en otro texto del mismo TISELL, J.: «La derecha conservadora y el régimen de Franco», en TUSELL, J.; MONTERO, F., y MARÍN J. M.³ (eds.): *Las derechas en la España contemporánea*, Madrid, Anthropos/UNED, 1997, pp. 237-246.

³ No lo haré porque éste no es lugar para hacerlo. Sobre el asunto de franquismo y fascismo, que ha generado una abundante literatura, véase, por ejemplo, la aportación clara, cohísma y sintética de MARÍN i CORBERA, M.: «Fascismo en España. Política local y control gubernativo en la Cataluña franquista: ¿Fue el porcionismo una fórmula aperiturista?», *Hispania*, LVIII/2, núm. 199 (1998), pp. 656-659 especialmente.

⁴ Lo expresa de otro modo, con mucha más precisión, SÁNCHEZ RECIO, C.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996.

aproximó posiciones y favoreció iniciativas comunes, en las que la preservación de la lengua y la cultura catalanas ante la represión implacable de la dictadura, se convirtió en un punto de encuentro aceptable para sectores sociales muy divergentes y enfrentados entre sí en otros campos. Sin embargo, más allá de este factor, el regionalismo se replegó, dimitió de sus obligaciones y compromisos y asumió su rendición como grupo autónomo en el marco del régimen franquista.

1. En la periferia del sistema: el último fracaso de los regionalistas catalanes

«Així, la gran majoria dels dirigents 11iguers, sobretot els líders com Cambó, adoptaren una actitud de disLaciament i de silenci, que no era res més que la constaLació del lloc marginal que ocupaven dins la nova situació política. Per als calalanistes conservadors no hi havia cap possibiliLat de fer una política propia dins del franquisme i, fins i Lot, difícilment podien tirar endavant els plans de represa cultural»⁵.

Conocemos con bastante precisión las vieisitudes de los regionalistas catalanes, sobre todo el grupo más cercano a Francesc Cambó, después de la guerra civil⁶. Terminada ésta, la realidad a la que se enfrentaron era mucho más compleja de la que los análisis de los años precedentes parecían determinar. En primer lugar, se acabó hacer política, al menos de forma autónoma. Ciertamente, los mismos regionalistas no tenían demasiadas ganas, pero a la vez no renunciaban a desempeñar un cierto papel en el Nuevo Estado⁷. Sin embargo, un diagnóstico más objetivo,

⁵ DE RIQUER, B.: *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la Guerra Civil i el franquisme*, Vic, Eurno, 1996, p. 271.

⁶ DE RIQUER, B.: *L'últim Cambó (1936-1947)...*, ya citado. Para los aspectos culturales, en los que intervienen los regionalistas, véase, por ejemplo, GALLOFRÉ / VIREGUA, M. I: *L'edició catalana i la censura franquista (1939-1951)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991.

⁷ Francesc Cambó lo tenía bastante claro, en este sentido: «Jo no renuncio a treballar per Catalunya i per Espanya i no sois en el camp cultural sinó també en el camp polític. En aquest camp, però, estic ben decidit a no actuar més que com a "eminència grisa" i entre bastidors. Una actuació pública no la vull de cap manera, passi el que passi», CAMBÓ, F.: *Meditacions. Dietari (1936-1940)*, Barcelona, Alpha, 1984, p. 480.

frío y distanciado, les habría permitido hacerse una idea mucho más precisa de lo que les venía encima:

Els conservadors catalanisles sahien prou bé l'alt cosí que havien de pagar per la victòria de Franco. Eslaven segurs que el nou règim liquidaria les institucions democràtiques republicanes i les substituiria per un sistema aulorilari i jerarquitzat basal en la cooptació dels fidels i l'exclusió dels «desafectes». Podien preveure que la repressió sobre els venguts seria molt dura, però la vegada desconeixien el caràcter multitudinari, la condició de totalitat i la persistència que arribaria a assolir. No ignoraven que desapareixeria el règim autonòmic català i que s'imposaria un sistema centralista rígid amb una clara voluntat assimilista. Que serien prohibits tots els partits polítics i els sindicals i que la vida associativa seria mediatitzada per les noves aulorilats. I també podien suposar que hi hauria una repressió generalitzada de les diferents manifestacions de la catalanitat i que això afectaria des del mateix ús públic de la llengua, fins a la maleixa existència de les institucions culturals i educatives. Però potser no poden sospilar el caràcter tan generalitzat de les persecucions, de les prohibicions, de les sancions i de les deportacions i, evidentment, els molts anys que havien de perdurar.

En aquestes circumstàncies, el poc polític que podia esclarir reservat als catalanistes conservadors dins l'Espanya de Franco era ben reduït i marginal. El nou reordenament polític tenia un caràcter jerarquitzat i selectiu i reservava un espai molt secundari a aquells sectors conservadors de procedència política no catalana que eren els espanyolistes. Podien aspirar a intervenir en la vida política, però bàsicament dins dels àmbits municipal, provincial o patronal (dins la CNS). Però, tot i aqüell paper polític marginal, calia supedilar-se a les noves autoritats i acceptar els nous valors ideològics⁸.

Éste era el telón del fondo de un nuevo escenario en el que deberían moverse los regionalistas. Pero el análisis carboniano era erróneo y el fracaso fue definitivo. Aspirar a tener un papel político diferenciado ya era una entelequia. Que Joan Ventosa i Calvell, mano derecha de Cambó, trabajase en los estatutos de un Partido Nacional Español en 1943, indica que existía una cierta confusión alrededor del líder regionalista. Que Cambó mismo y Joan Estelrich pensasen, y actuasen, en 1939 para pedir permiso para editar un diario en lengua catalana⁹, implica una falta de visión de la jugada bastante grave. Pero había más, bastante más. Media docena de dirigentes regionalistas pasaron por la jurisdicción de responsabilidades políticas entre 1939 y 1941,

⁸ DE Riquer, B.: *L'últim Cambó....* p. 192.

⁹ Galofré i Virgili, M. J.: *L'edició catalana i la cursa franquista....*, pp. 88 ss.

entre ellos hombres de absoluta confianza de Cambó como su sobrino y secretario personal, Jesús Cambó; el presidente de la Lliga hasta 1936, Raimon d'Abadal i Calderó; uno de los máximos hombres de confianza política desde principios de siglo, Lluís Duran i Ventosa; etc.¹⁰. Uno de los policías que redactó el informe acerca de Jesús Cambó i Torres describió con suma precisión qué era el regionalismo desde la perspectiva franquista: «De todo lo cual se deduce que el informado es persona de sentimientos catalanistas, al que no se le conoce actuación política activa, que seguía la corriente de su pariente Cambó, adoptando siempre su conducta a sus conveniencias personales y a las de sus intereses, sin tener para nada en cuenta el interés nacional que siempre era supeditado a los negocios. No obstante, es persona de buena conducta y sentimientos religiosos, que si bien no se le puede considerar como desafecto, tampoco se le puede considerar adicto al Glorioso Alzamiento, ya que pudo pasar a la Zona Nacional, sin ningún peligro ni riesgo, y no lo hizo, prefiriendo su egoísmo al bien de la Nación»¹¹.

He aquí los parámetros en los que se movieron los regionalistas en los primeros años cuarenta, antes de desaparecer definitivamente del escenario. Errores de cálculo, apuestas equivocadas y un franquismo que desconfiaba profundamente de estos personajes y de lo que representaban. ¿Cuáles eran las salidas? Básicamente había tres. En primer lugar, la absoluta identificación con el régimen, la apuesta por la dictadura y la renuncia explícita al pasado político y, lo que era todavía de mayor calado, el desenganche del medio político y cultural en el que se habían formado en los treinta años anteriores. No había medias tintas: Ferran Valls Taberner y Josep M. Tallada lo tuvieron muy claro desde el principio. El régimen pedía «adhesiones inquebrantables» y esto le dieron¹². Un camino sin retorno.

En segundo lugar, el silencio, la jubilación política y pública. Por aquí fueron algunos de los hombres más veteranos de la Lliga, aunque sus trayectorias y posiciones fueran relativamente diferentes. El primero

¹⁰ VILANOVA I VILA-ABADAL, F.: *Repressió política i coacció econòmica. Les responsabilitats polítiques de republicans i conservadors catalans a la postguerra (1939-1942)*. Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, pp. 241-277.

¹¹ Cilado en VILANOVA I VILA-ABADAL, F.: *Repressió política i coacció econòmica....* p. 266.

¹² VILANOVA I VILA-ABADAL, F.: «1939: la “falsa ruta” de los regionalistas catalanes», *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie V. Historia Contemporánea, t. 9, 1996, pp. 189-205.

en emprender este camino fue el presidente del partido, Raimon d'Abadal i Calderó ¹³. Le seguiría, aunque de forma menos clara y dando muestras de beligerancia en el campo cultural, Josep Puig i Cadafalch, otro veterano. Y, a renglón seguido, algunas figuras menores.

Pero, en tercer lugar, todavía quedaban aquellos que pensaban que el régimen permitía un cierto juego, tanto en Madrid como en Barcelona. Y se estrellaron a corto y medio plazo. En Madrid, Joan Ventosa i Calvell se movía entre bastidores para hacerse espacio, él y el proyecto del Partido Nacional Español. En Barcelona, Lluís Duran i Ventosa alimentaba la ilusión de Cambó de que la Lliga todavía existía, no ya como partido, obviamente, sino en una dimensión más social, de mantenimiento de relaciones, de redes de contactos más o menos disgresos; el espíritu seguía vivo, aunque el cuerpo hubiese muerto.

Y, todavía, habría sitio para la perplejidad, la desazón y la constatación del fracaso. Josep Benet cita una carta, altamente significativa, de Fèlix Millet i Maristany (uno de los mecenas de la lengua y la cultura catalanas perseguidas en la posguerra, pero, a la vez, uno de los elementos más significativos del mundo regionalista y católico catalán que se movió en la zona rebelde) al hijo del general Fanjul ¹⁴. En ella, y después de mencionar la represión lingüística y cultural, Millet añade: «Si esto es así, ¿cómo quedamos aquellos catalanes que desde los primeros días estuvimos en la zona nacional, cómo quedan aquellos que combatieron o murieron en los frentes nacionales? ¿Es que ellos

¹³ En una conversación de julio de 1943 con el abogado y escritor Maurici Seitahilna, procedente del mundo demócrata-cristiano catalán, Abadal hizo un diagnóstico definitivo de la situación: «He anat a veure don Ramon d'Abadal i li he dit que he empres, juny amb d'altres, el camí de refer ua política catalana, enfocada d'acord amb el nostre temps. En parlem una bona estona, i li dic que he volgut que ell ho sabés. M'ho agraeix. Li diu que, abans de començar, voldria saber si ell creu que el passat continua, i que la Lliga subsisteix i reapareixerà. Rotundament i sense cap vacilació, em diu que ell considera que el passat és passat i que la Lliga ha deixat d'existir; que és possible que algun dia, quan el país torni a actuar lliurement, pugui aparèixer algun partit —qui sap si, en part, amb les mateixes persones— que ocupi en el panorama polític català el mateix lloc que ocupava la Lliga i tingui anàlogues finalitats, però que ell considera que no serà la Lliga, sinó un partit nou» (SERRAHIMA, M.: *De mitja vida ençà*, Barcelona, Edicions 62, 1970, p. 22).

¹⁴ BENET, J.: *L'intent /i-anquista de genocidi cultural contra Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995, p. 509. Fèlix Millet había presidido la Federació de Joves Cristians de Catalunya (FJC) antes de la guerra; cuando ésta estalló, luyó que huir de la revolución para salvar la vida. Después del conflicto, y a través de la entidad Benéfica Minerva, ofreció ayuda económica y material a escritores e intelectuales catalanes para que pudieran subsistir y continuar con sus trabajos.

pueden aceptar que su sacrificio fue hecho para ayudar a poner trabas a la libre expresión de sus hijos en la lengua propia y en su propio país, para destruir su propia lengua y cultura?» Lástima que Josep Benet no pueda ofrecernos la respuesta a estas preguntas, porque son un buen reflejo de la trampa en la que se vieron inmersos los regionalistas después de la guerra.

2. Integración o disidencia sin riesgos: el campo cultural e ideológico

«No poques (Ollviciois s'han esvaït en aquest estrall, sobretot de la zolla regionalista i conservadora, en la qual el sacrifici de la fe als interessos materialistes ha sovintejat. Fóra, però, injust i no reconèixer les excepcions, algunes entre els antics directors, i el capteniment digne de la millor part de la tropa...»¹⁵.

Pero ellos mismos, los regionalistas, habían aceptado (aunque se lo callaran) el precio a pagar. Podían mostrar cierta perplejidad en privado, en conversaciones con personas de su máxima confianza, pero la apuesta por el franquismo fue plenamente asumida en aquellos momentos y nunca rectificada en las décadas posteriores.¹⁶

¹⁵ MONTAGUT, D.: «Notícies de Barcelona. El que Cm Coula uu aUIMP que n'acaba d'arribar», *Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials* (Perpinyà), núm. 3, marzo 1945, p. 26.

¹⁶ Por ejemplo, en 1942, los límili's de esta apuesta eran claros. A raíz de la visita del dictador a Barcelona, la policía llegaba a la siguiente conclusión de sus efectos (U los «elementos procedentes del campo catalánista de derechas: En su sector industrial y mercantil, se comenta ser beneficiosa para Cataluña la visita de Franco, pues por la simpatía que se le ha demostrado creen lograrán que el Gobierno dedique especial atención a la industria catalana. Hacen uolar que el recibimiento que prepararon los madrileños al regreso a la Capital del Generalísimo, no fue motivado por otra causa que el deseo de contrarrestar la impresión que el Caudillo debía traer de Cataluña y que podría dar lugar a ventajas para esta región. Creen que el éxito del viaje influirá en el Famili en la polítl'a del Gobierno, encaminada a una mayor libertad en el desenvolvimiento de los negocios. Manifiestan que, por su parte, su simpatía quisieron demostrarla únicamente al Caudillo, por cuanto no quieren saber nada de Falange, a pesar de que la gran mayoría de ellos son militantes. Clase media apolític: Estos elementos, a pesar de haberse estado lamentando de sus privaciones y muchas veces haber censurado la actual polítl'a, especialmente de abastos, ante la presencia del Caudillo reavivaron el recuerdo trágico del domillio rojo y alaban la sinceridad del Generalísimo al declarar que es sabedor de las penalidades que ha de atravesar

En 1941, el abogado y escritor Maurici Serrahima subrayaba «la dificultat que hi ha per trobar gènt que ajudi amb diners les coses de la Cultura del país. Els que hi ha, s'ho volen fer sols. Però, a més, hi sol haver en molts d'ells una actitud que ve a ésser la de l'home que se sent amb el dret a fruitir d'una llengua i d'una cultura —d'un país— i que l'en privil·li i ho enyora, però que en el fons, quan torna a pensar en fruitir-ne, ho condiciona a no perdre els guanys econòmics i l'ambient que avui li permeten de viure tranquil·l. Per a recuperar com voldrien la llengua i la cultura no pensen en un esforç que els portés a arriscar aquelles altres coses»¹⁷. La clave de todo el asunto era no perder «els guanys econòmics i l'ambient» por una apuesta demasiado arriesgada a favor de una lengua y una Cultura taxativamente prohibidas en su uso y difusión públicas.

Intentar combinar riesgo (limitado, obviamente) y seguridad era una opción complicada que, sin embargo, podía resolverse por dos vías distintas: por un lado, la incorporación plena al sistema, su ideología y su discurso; es decir, la plena integración en la máquina de producción Cultural e ideológica que, en ocasiones, convalevalla prebendas profesionales prácticas. La otra vía era la de asumir un cierto riesgo calculado en el campo cultural; en la medida que este riesgo se correría en el ámbito privado o, como mucho, semipúblico, ja disidencia con relación a la posición oficial del régimen siempre sería limitada.

La integración era factible desde varios puntos de vista. Los había que ya la habían ensayado desde 1936 mismo, caso del historiador Ferran Valls i Taberner, por ejemplo¹⁸. Otros se incorporaron en el transcurso de la guerra; provenían del mundo regionalista, católico e, incluso, estrechamente catalanista¹⁹. Y otros lo hicieron ya en la Cataluña

esta classe social...», «1942, febrero 6. Informe de la DGS», en *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco*, I. III, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1993, pp. 251-252.

¹⁷ SERRAHIMA, M.: *Del passat quan era present*, vol. I, Barcelona, Edicions 62, 1974, p. 64.

¹⁸ El más sutil y mejor retrato de esta evolución se encuentra en RUMÓ i BALAGUER, J.: «Ferran Valls i Taberner vist per un company d'estudis», en *Mestres, companys i amics*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991, pp. 63-138. Véase, también, PARRA, J. A. y LIJADO, J. M.: *Ferran Valls i Taberner. Un polític gràc a la cultura catalana*, Barcelona, Ardit, 1970.

¹⁹ La tipología de estos grupos es muy variada y heterogénea. Tomemos tres ejemplos: un ex-periodista del mundo regionalista pasado al falangismo, Ignacio Agustí; la compleja personalidad de Joan Estelrich, mano derecha de Francesc Cambó en asuntos culturales;

de 1939. En este punto, la revista *Destino* tuvo un papel estelar y fundamental²⁰. En los ejemplares de posguerra podemos encontrar, cohabitando con comodidad, a monárquicos de una pieza como Santiago Nadal y antiguos periodistas regionalistas militantes (como Manuel Brunet). El primero lo volveremos a encontrar, en los años sesenta, como uno de los comentaristas políticos más influyentes del momento y una de las cabezas visibles del Consejo Privado del conde de Barcelona (n Catalufia). El segundo pasa, sin solución de continuidad, de ser una de las plumas más incisivas del mundo de la Lliga Catalana (a través de su portavoz periodístico, *La Veu de Catalunya*), a un integrismo católico e ideológico de una pieza. Pero también conviven en *Destino*, con gran comodidad, Jaime Ruiz Manent (proveniente de la filas católicas del periódico *El Matí*, cercano a Unió Democràtica de Catalunya) y un oportunista como Carlos Sentís. Ninguno de ellos ha formado parte del núcleo fundador de la revista, formado por falangistas «camisas viejas» catalanes. Como si se tratara de una reproducción a escala de la dictadura, en *Destino* se integran estos personajes, de diferente procedencia, que, sin cuestionar el origen y la naturaleza falangista de la revista, intentan dibujar un cierto perfil personalizado. Brunet acentúa su perfil católico: «Repitámoslo: la causa del fracaso de la Sociedad de Naciones es de índole moral, es una falta de base cristiana. La política sin Dios ha fracasado igual que la ciencia sin Dios. El resultado de tanto delirio es la guerra. El Palacio de la Sociedad de Naciones pretendía iluminar al mundo y poner en ridículo a la cúpula del Vaticano...»²¹. Santiago Nadal se lanza entusiasmado por la senda del anticomunismo: «.. Nosotros, españoles, sabíamos ya que con el bolchevismo no caben medias tintas. Es cosa, como dice el

del mundo católico, apuntemos al doctor Lluís Carreras, autor de *Grandeza cristiana de España* (1938) y otros escritos (inéditos) de igual mismo tenor. Véase una brevíssima guía de lectura acerca de estos personajes y sus mundos: THOMAS, J. M.: *Falange. Guerra Civil. Franquisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992; GELL, C., y HUERTAS, J. M.: *Les tres vides de Destino*, Barcelona, Diputació de Barcelona-Collègi d'Periodistes, 1990; MASSOR i MUNTANER, J. M.: *Tres escriptors durant la Guerra Civil: Georges Bernanos, Joan Estelrich, Llorenç Vilà/olga*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1998, para el caso de Estelrich. Y la lista podría ser más extensa.

²⁰ CABELLOS i MINGUÉZ, P. y PÉREZ VALLARDÍ, L.: «*Destino. Positivismo de unidad (1939-1946)*. Tres aspectos de l'elití d'una transformació obligada», *Els Marges*, núm. 37, mayo de 1987.

²¹ ROMAÑA BRUNET, M.]: «El mundo y la política», *Destino*, núm. 242, I de mayo de 1942.

refrán, de “herrar o quitar el banco”. O se es ('Ollllllista o se anda a tiros con el COllllllismo hasta aniquilarle. Distinciones, supuestamente realistas, entre régimen interior y política exterior, pactos y acomodamientos no son posibles con aquel sistema. Y satisface enormemente que el político más genial que actualmente existe en Europa re('onoz('a lo que nosotros sahímos. Y repare el error imperdonable que han cometido los estadistas de todo el mundo desde 1917: considerar ('omo “normal”, ('OMIO europeo, al régimen soviético»²².

¿Y la disidencia? La disidencia sería controlada y con riesgos IIIlmos. Fèlix Millet i Maristany, por ejemplo, pisó este territorio, pero también conocía muy bien los límites. En septiembre de 1942, durante una cena con Maurici Serrahima, Pere Puig i Quintana y Pau Romeva (todos ellos, elementos que provenían del mundo del catalanisllo católico), Millet «diu tant com pot que comprèn i accepta la nostra actitud, però que en el fons té la impressió —exagero— que col·laboràvem amb els “dolents”»²³. Y con los IIIllos (entre otros, los exiliados) no cabían medias tintas. De ahí que Millet (con la colaboración de otros financieros y empresarios) estuviera dispuesto a mantener a algunos intelectuales catalanes en dificultades (Carles Riha, Ferran Soldevila, etc.), pero cuando el mecenazgo implicaba retratarse ante el régimen (por ejemplo, pidiendo permiso para publicar un semanario en catalán), entonces se echaba atrás²⁴. Millet estaba dispuesto a abrir las puertas de su domicilio para celebrar los Jocs Florals, al igual que el arquitecto Uuís Bonet i Garí ofrecía el suyo para sesiones solemnes del teóricamente desaparecido Institut d'Estudis Catalans. A los ojos del régimen, estos episodios tenían una nula trascendencia política; sin embargo, eran motivo de profundo descontento, en la medida que ponían en evidencia que ciertos engranajes del régimen, los destinados a producir una cultura

²² IUDÍ, S.: «Preludio y perspectiva de la campaña de Rusia», *Destino*, n.ºLIII, 206, 28 de junio de 1941. Para RUIZ MARENTE, I, véase su furibundo artículo de fondo antisemita: «Ofensiva de Israel», *Destino*, n.ºLII, 2 de agosto de 1941.

²³ SERRAHIMA, M.: *Del passat quan era present*, vol. I, p. 110. Si Millet recordaba la colaboración (con los «malos» (entiéndase, los republicanos en el exilio o los antifranquistas del interior), Halton d'Abadal se mostraba mucho más irónico. Después de dejar atrás el IIIlismo regionalista y a un paso de integrarse en el Calaflo Illonárqui('o, Abadal anotaba, el 28 de octubre de 1944, que (n las n'ullió('s del IIIstitut d'Estudis Catalans (que tenían lugar en el domicilio de Josep Puig i Cadafalch) «es diuen unes fantasies polítiques infantils delicioses», (n referencia a los comentarios antifranquistas de algunos de los presentes en estas sesiones.

²⁴ SAMSO, I: *La cultura catalana....* vol. I, p. 65, nota 8.

plenamente franquista, no habían funcionado con suficiente eficacia entre ciertos sectores sociales catalanes²⁵.

Éstos eran los límites de la disidencia. Mecenazgos particulares para escritores e historiadores catalanes y catalanistas sin otros medios de vida; reuniones literarias y culturales en domicilios particulares; alguna aportación económica al semiclandestino Institut d'Estudis Catalans; y poca cosa más. ¿Cuál podía ser la respuesta del régimen a todo esto? La censura de libros y de todo tipo de actos públicos (conferencias, conciertos, etc.); sanciones económicas y administrativas por reuniones más o menos multitudinarias, pero no autorizadas; una evidente desconfianza hacia un sector social que, política y económicamente entregado, aún se empeñaba en buscar acomodo a unos elementos diferenciadores (lengua, producción cultural autóctona) que la dictadura se había obstinado en barrer del ámbito público.

3. La extinción del mundo regionalista

«El clientelisme substituïa el catalanisme per manca d'opcions estrictament polítiques que fossin viables, però obviament no el reemplaçava d'una manera eficient pel seu exclusivisme social i la seva concentració economicista»²⁶.

A principios de 1957, un republicano de larga trayectoria, Rafael Tasis, escribía un análisis demoledor de la burguesía catalana de mediados de los años cincuenta: «En avui, a Madrid, el senyor Ventosa i Calvell, figura màxima de la polízia burgesa catalana, tres vegades ministre de la monarquia, actuà militant del franquisme en la Guerra Civil (un fiU seu moria al front entre les tropes vencedores) i situat en un Uoc preminent en consells d'administració de fabriques i entitats comercials, no té cap mena d'autoritat ni d'influència. [En] Quina estranya por, en canvi, feta de mala consciència i de complicitat, frena en tot inici de protesta la burgesia catalana? Tant com por, deu ésser

²⁵ Sobre este asunto, véase GALLOFRÉ I VIRGILI, M. (1): «Un nou llenguatge», en RISQUES, M.; VILANOVA, F., y VINYES, R. (eds.): *Les ruptures de l'any 1939*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat-Fundació Carles Pi i Sunyer, 2000, pp. 199-211.

²⁶ MARÍN CORBERA, M.: *Catalanisme, clientelisme i franquisme. Josep M. de Porcioles*, Barcelona, Societat Catalana d'Estudis Històrics-Institut d'Estudis Catalans, 2000, p. 44.

la consciència de no representar gran cosa, per propia abdicació...»²⁷. Tasis certificaba una realitat perfectament establecida: el món regionalista, encabezado per Cambó des del lejano exili argentí, havia desaparegut definitivament, no ja en el aspecte polític (algo que va ocurrir en 1936), sinó en els seus pefiles sociològics i socio-culturals.

El fallecimiento de Cambó, en abril de 1947, fou el toc de clarín de esta desintegració, un procés lento, que havia produït síntomes inquietants en els anys anteriors, però que encara no havia arribat a estallar. La falta de espai per moure's dins del sistema franquista; la renúncia a un perfil propi, a canvi de acumular fortuna; la falta de espíritu emprendedor i una prudència rayana en la cobardia en els moments de comprometer-se; són alguns dels elements que expliquen esta desintegració. Carles Soldevila i Ferran Soldevila, tres anys abans que Tasis, ja senyalaren aquestes renúncies i dimissions²⁸. Quan els restos del naufragi regionalista, en combinació amb elements catòlics, intentaren montar una candidatura per al ajuntament de Barcelona, aparte de la oficial, el governador civil tuvo que intervenir de forma decisiva per que acabaran integrant-se en la llista oficial; ho feren sense protestar²⁹. La vella guardia regionalista havia desaparegut (Francesc Cambó, Josep Puig i Cadafalch, Raimon d'Abadal), o estava quasi ausent en Madrid (Joan Ventosa i Calvell), o havia tallat tots els laços amb el passat (Fèlix Escalas, Lluís Duran i Ventosa). Los joves (Narcís de Carreras, Marcel·lí Moreta) no iban a treure els restos de la herència, ni a convertir-se en el que no podien, una espècie de alternativa domèstica dins del franquisme.

Aquells que encara mantenien algunes inquietuds digam-nos política, solament trobaren un camp propici en el món ambigut i poc consistent de los monàrquics de Juan de Borbón. Ello els permetia

²⁷ BERNAT, P. [TASIS, R.]: «El paper polític de la burgesia catalana», *La Nostre Revista* (Mèxic DF), núms. 19-20, gener-febrer de 1957. Citat a partir de la reproducció en *Antologia d'estudis sobre la història de Catalunya*, vol. VIII de VILAR, P. (ed.): *Història de Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 1990, pp. 308 y 310.

²⁸ SOLDEVILA, C.: «En la mort d'Isabel Ilorach», *Destino*, núm. 893, 18 de setembre de 1954; VICENS VIVES, J.: «Hacia una nueva burguesía», *Destino*, núm. 899, 30 de octubre de 1954. Comentats per MUÑOZ I LORET, J. M.: *Jaume Vicens Vives. Una biografia intel·lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1994, pp. 290 ss. Vease també DE RIQUER, R.: «Un país després d'una guerra (1939-1959)», en (ed.): RIQUER, B., Y CULLA, J. R.: *El franquisme i la transició democràtica*, vol. VII de VILAR, P. (ed.): *Història de CataLunya*, pp. 212 ss.

²⁹ DE RIQUER, R.: «Un país després d'una guerra...», pp. 209-210.

hacer una operación mental relativamente gratificante: un salto en el tiempo para encontrar la compatibilidad entre el regionalismo más genuino del proyecto de Prat de la Riba y una supuesta monarquía quizá liberal y abierta a los «regionalismos bien entendidos». Pero cuando los acontecimientos obligaban a un compromiso serio, a tomar partido de forma inequívoca (como en 1962 y el «contubernio de Múnich»), volvían a aparecer los miedos y las limitaciones. Ni tan siquiera una opción monárquica juanista con el injerto regionalista podía salirse de los límites del sistema.

4. El «contubernio de Múnich»: límites y fracaso de una supuesta oposición monárquica

«... muchos de los asistentes a la reunión de Múnich dejaron de enfrentarse a una doble amargura, la de la represión oficial y la de ver cómo el grupo al que pertenecían les retiraba su solidaridad, negándoles apoyo, cuando hubieron de elegir entre el exilio () el destierro»³⁰.

Difícilmente puede hablarse, a estas alturas, de una alternativa monárquica juanista al régimen de Franco, más allá de algunas afirmaciones más o menos contundentes en textos literarios (el manifiesto de Lausanna, por ejemplo)³¹, desmentidas de inmediato por una realidad tozuda como era, por poner otro ejemplo, el horror juanista a cualquier especie de pacto o trato con sectores moderados del campo republicano (como las conversaciones entre Prieto y Gil Robles).

El campo monárquico que giraba alrededor de Juan de Borbón, conde de Barcelona y heredero de la corona española, era una amalgama de personajes profundamente franquistas, antidemócratas y reaccionarios, con el aditamento de algunos personajes que, a título individual, podían presentar una trayectoria un poco más abierta, más sensible

³⁰ FERNÁNDEZ VARGAS, Y.: *La resistencia interior en la España de Franco*, Madrid, Istmo, 1981, p. 226.

³¹ Léase el sucinto comentario a los efectos de dicho manifiesto, escrito en el exilio catalán: «El manifest del rei ha arribat tard. Crec que dos anys enrera hauria estat oporlú. Els que en tot cas havien d'ésser suport de la monarquia, s'han posat al costal de Franco, creient que així defensaven millor llurs interessos. Pràcticament no hi haugí dimissions en els que passaven per Illonarquics» (*«Dues veus de Catalunya», Quaderns d'Estudis Polítics, Econòmics i Socials*, Perpinyà, junio de 1945, p. 37).

a un proyecto de futuro liberal, pero que, sin embargo, carecían de capacidad de maniobra para influir seriamente en este mundo.

La larga marcha de estos monárquicos ha sido contada desde puntos de vista divergentes, algunas veces contradictorios, en otras desde posiciones políticamente interesadas, pero en muchos casos con un presentismo que invalida el análisis³². Por el contrario, una visión realista y contextualizada de este mundo pone de relieve las extraordinarias limitaciones que se autoimpuso -por su propia naturaleza, por las gentes que había detrás, por los contenidos políticos e ideológicos- y le impusieron para ser una alternativa real y seria a la dictadura franquista.

El más fiel reflejo de estas limitaciones, de cómo una disidencia interna (y a título casi individual) puso en evidencia la supuesta alternativa monárquica, se encuentra en la posición interna que un sector monárquico concreto (en este caso, de un grupo de consejeros catalanes del conde de Barcelona) tomó ante el llamado «contubernio de Múnich». Es precisamente en este episodio, leyendo en los papeles no públicos generados por este asunto, donde se pueden ver la ambigüedad y contradicciones de una familia franquista que nunca tuvo daro el camino a tomar y la alternativa de futuro que, supuestamente, encarnaba.

A principios de junio de 1962, el Movimiento Europeo había invitado a un numeroso grupo de intelectuales, profesionales liberales y políticos, tanto del interior como del exterior (entre estos últimos, republicanos exiliados), a unas sesiones en Múnich para celebrar unas reuniones de estudio y análisis. Entre los puntos más importantes a tratar se encontraba el referido a la futura integración de España en Europa, con la inexcusable democratización del país como condición indispensable³³. La convocatoria era, pues, importante, tanto por el numeroso grupo de españoles que iban a asistir como por los contenidos: «Ahora

³² Desde Eugenio Vegas Latapié hasta Pedro Sainz Rodríguez, pasando por Luis María Ansón, Francisco Franco Salgado-Araujo, José María Cil Robles, José María Pemán, etc., el lector encontrará numerosas referencias monárquicas, pseudoanálisis personales y testimonios acerca de los monárquicos juanistas. Para los historiadores, a la espera de un análisis crítico y en profundidad, son útiles las informaciones aportadas por TUSELL, I: *La oposición democrática al franquismo..o, ya citado; y el planteamiento más crítico de BORRÀS BETRIU, Ro: El rey de los rojos, non Juan de Borbón, una figura tergiversada*, Barcelona, Los Libros de Abril, 1996.

³³ Un pormenorizado relato del «contubernio» en TUSELL, I: *La oposición democrática..o, pp. 388 ss.*

se trataba de discusiones programáticas, realistas. Y, por lo tanto, infinitamente más peligrosas»³⁴.

Para los monárquicos y, más concretamente, para el inoperante y heterogéneo Consejo Privado del conde de Barcelona, la reunión de Múnich no tendría que haber representado un problema especial, si no fuera por la presencia de José M. Gil Robles, consejero del conde y siempre dispuesto a actuar por libre. Sin embargo, Gil Robles presidía oficiosamente la delegación española del interior y su protagonismo en los prolegómenos de la reunión había sido tan evidente que faltaba un trecho muy corto para situarlo, directamente, en los parámetros de la oposición antifranquista. Y esta asociación de ideas y de imágenes sí que era un problema para unos monárquicos a quienes la palabra antifranquismo ponía los pelos de punta.

Lo tenía muy claro el ultraderechista Gonzalo Fernández de la Mora, también del Consejo Privado de Juan de Borbón como José M. Gil Robles, cuando, señalando con el dedo a Gil Robles y Joaquín Satrústegui, le decía a este último en tono acusatorio: «te has reunido para discutir un texto con unos españoles exiliados, que aunque no lo quieran, simbolizan una inolvidable ola de tragedias y de crímenes. [...] Con los exiliados se puede tener individualmente toda la caridad y generosidad del mundo, lo que no cabe es ni cualquier tipo de alianza ni siquiera la deliberación colectiva para la acción futura»³⁵. Igual de claro lo tenía el muy monárquico *ABC*, propiedad de otro consejero del conde de Barcelona, Torcuato Luca de Tena, cuando se preguntaba: «¿Qué tienen que ver estas promiscuidades con la realidad de España y con los problemas de los españoles? Unos republicanos que sirvieron a la República y unos delirantes demócratas de viejo estilo y unos antiguos “dictatorialistas” cebados, en otros tiempos, en el “hitlerismo” y dodrinos y sociólogos apolillados y resentidos, enemigos sempiternos de España, ¿qué tienen que ver esos vejetes y mocetes con la España de ahora?»³⁶. De aquí al «contubernio» había un pequeño paso que enseguida se dio³⁷.

³⁴ FERNÁNDEZ YARGAS, Y.: *La resistencia interior...*, p. 224.

³⁵ Carta de Gonzalo Fernández de la Mora a Joaquín Satrústegui, 25 de julio de 1962 (cito a partir de la copia conservada en el archivo de Ramon d'Abadal i de Vinyals, AAP). Citada también en TUSELL, J.: *La oposición democrática...* p. 430.

³⁶ Citado por TUSELL, J.: *La oposición democrática...* p. 400.

³⁷ El primer despacho de agencia que llegó a España, transmitido por la oficial Agencia EFE, contenía la primera referencia literal al «contubernio» (8 de julio de

Para los IllonánluiCos del círculo juanista, el «contubernio» era un problema. Ya lo había sido José M. Cil Robles en 1946-1948, cuando se llevaron a cabo los contactos con los socialistas³³. Pero ahora, con la publicidad dada a las reuniones ³⁴ exiliados (aunque fueran tan moderados como Salvador de Madariaga); el protagonismo de Cil Robles (no lo olvidemos, consejero del conde Barcelona), presidiendo la delegación del interior; el ruido en la prensa franquista e, incluso, ante la mera posibilidad de que la reunión de Múnich pudiera tener importancia práctica; ante todo esto se esperaba una toma de posición clara y diáfana por parte del staff directivo de la causa monárquiCa. El 11 de junio, la Comisión Permanente del Consejo Privado de don Juan hacía pública una nota (preparada, muy probablemente por José M. Pemán y Alfonso García Valdecasas, cuyas trayectorias políticas son Conocidas por todos), en la que se precisaba que la participación, en MúnicH, de «algunos monárquiCos españoles partidarios de la Restauración en la persona de don Juan de Borbón», había sido a título individual, por lo que la Comisión Permanente y, se entiende, el conde de Barcelona, «es totalmente ajena a cualquier actuación como la mencionada». Si con esto no era suficiente, el comunicado recordaba que la integración europea de España era «un empeño nacional, cuyas consecuencias debemos propugnar, sin reservas, todos los españoles»³⁵. En definitiva, el Consejo Privado negaba Cualquier apoyo, público o encubierto, a la actuación de Gil Robles o a la de Cualquier otro monárquiCo (como Joaquín Satrústegui), que hubiese estado en Múnich. En segundo lugar, el proceso de integración europea no estaba vinculado, necesariamente, al proceso de democratización del país (de aquí que fuera uno de los puentes imprescindibles de la oposición antifranquista),

³³ 1962), lo que significaba sentar doctrina desde el corazón dC la dictadura. No era ninguna casualidad que los únicos nombres citados en éste ³⁴ fueran (el dC) Giménez Fernández, Rodolfo Llopis y José M. Gil Robles. Era un claro aviso (para el primero y el tercero), de que la dictadura ³⁵ toleraba ciertas actitudes por partC de personajes que se movían ³⁶ las orillas políticas del sistema, CII ³⁷ difícil equilibrio entre querer y poder.

³⁴ FERNÁNDEZ VARGAS, V.: *La resistencia il/itrior....* pp. 142-149. TUSELL, J.: *JUAN Carlos I. La restauración de lII Illol/Irquill*. Madrid, Temas d'l Hoy. 1995, pp. 138 ss. TUSELL, J.: *La oposición democrática....* pp. 152 ss. Una visión d'fillitivallwillt' crítica de esta coyuntura en BAI AMONDE, Á. y MARTÍNEZ, J. A.: «La construcción dC la Dictadura», en MARTÍNEZ, J. A. (coord.): *Historia de España. Siglo VI. 1939-1996*, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 44-46.

³⁵ Boletín de lI Secretaría del Consejo Privado de SAR lV COIdl' de Hllrl'/ol/lI. suplemento anti'cipado al núm. 6, junio dC 10(2).

Franquismo y disidencias de derechas

sino que era un asunto de Estado, por encima de cualquier orientación ideológica; era un objetivo nacional, y esto, en 1962, quería decir, pura y llanamente, que pasaba por apoyar (con todos los matices que se quisieran) la estrategia oficial de la dictadura, llevada a cabo con mayor o menor intensidad según fuera la familia franquista que la asumiera.

Pero si con esta nota no había suficiente, el 15 de junio, Pemán y García Valdecasas se entrevistaron con el conde de Barcelona y, posteriormente, hicieron pública la nota siguiente:

El Conde de Barcelona nada sabía de las reuniones de Múnich hasta que, después de ocurridas, escuchó en alta mar las primeras noticias a través de la radio. Nadie, naturalmente, ha llevado a tales reuniones ninguna representación de su Persona ⁱⁱⁱ ni de sus ideas. Si alguno de los asistentes formaba parte de su Consejo, ha quedado con este acto fuera de él.

A este propósito, y aparte de proclamar nuestra identificación con esas augustas palabras, es preciso llamar la atención sobre el empeño y hasta la coacción con que se ha difundido en la prensa y radio españolas la información de un diario extranjero, que temerariamente mezclaba el nombre del Conde de Barcelona con algo tan extraño a lo que Él significa. Esto contrasta con el modo sistemático en que se han venido silenciando tantas manifestaciones personales suyas, diáfanas y terminantes, incompatibles con todo equívoco ^{iv}.

La nota oficial, avalada ahora por la entrevista de Pemán y García Valdecasas con el conde de Barcelona, aclaraba dos puntos importantes. El primero era que el conde de Barcelona no quería saber nada, públicamente y en privado, de la reunión de Múnich ni de los contactos con la oposición antifranquista. No sabía nada de Múnich, no sabía nada de lo que hacía Gil Robles a sus espaldas, no quería saber nada de los antifranquistas, exiliados o del interior. Con esta negativa rotunda, el conde de Barcelona y sus hombres de confianza esperaban atajar el alud de críticas que les estaba cayendo encima, un alud en el que participaba con un entusiasmo considerable el monárquico *ABC* ^v, entre otros.

El segundo punto del comunicado era la confirmación de que Gil Robles había sido expulsado del Consejo Privado por su papel en Múnich

ⁱⁱⁱ Boletín de La Secretaría.... julio de 1962.

^{iv} A pesar de quejarse de que la dictadura obligara a los diarios a publicar la información oficial acerca del «contubernio», Torcuato Luca de Tena aseguraba que dicha imposición «no atenúa mi repulsa hacia la actuación en Munich de algunos españoles» (Cita en FERNÁNDEZ VARGAS, V.: *La resistencia italiana*,..., p. 224).

y, es de suponer, porque no había sabido delimitar su papel en Alemania, mezclando de una manera u otra, la figura del conde de Barcelona.

Todo este episodio podría haberse limitado a una de las periódicas escenas convulsas del monarquismo juanista, si no fuera porque dio ocasión, a algunos consejeros privados, a un análisis interno durísimo, que ofrece las claves para entender los límites estrictos en que se movía la causa borbónica en relación al franquismo. En otras palabras, el «contubernio» de Mlmich puso en evidencia las contradicciones, los miedos y la supeditación de los monárquicos a la dictadura. Y fueron los consejeros catalanes del conde de Barcelona los que pusieron el dedo en la llaga.

Para el grupo monárquico de Barcelona¹², la posición oficial del Consejo Permanente fue como un jarro de agua fría. El primero en abrir el fuego fue José Luis de Urruela, marqués de San Román de Ayala. En vísperas de la reunión de Múnich, se lamentaba «que las últimas actuaciones públicas del Consejo Privado de S. M., o mejor dicho, de su Comisión Permanente, pues los miembros catalanes del Consejo no participaron en tales decisiones ni fueron consultados, son en extremo deplorables», y seguía acusando a los miembros de la Comisión Permanente de ser «meros servilistas del franquismo» que «terminarán Vds. por hundir totalmente la dignidad de la Monarquía». Y terminaba con una afirmación rotunda: «Ni que decir tiene que todos los sectores políticos presentes en Cataluña, monárquicos o no, están entre indignados y alarmados por el triste papel que está desempeñando el Consejo Privado del Rey»¹³.

¹² La nebulosa monárquica catalana del período franquista todavía está por investigar a fondo. Aparte de los franquistas monárquicos perfectamente integrados en el sistema, existían pequeños grupos e individualidades con planteamientos abiertamente democráticos, caso de Armand d'Fluvia y su Acció Monàrquica Catalana, o Alfonso Muntanola Tey y Allollio de Senillosa. Véase, por ejemplo, MANENT, A.: *El Molí de l'Ombla. Dietari /mÚnic i retrats 1946-1975*, Barcelona, Edicions 62, 1986, Y FABRE, J.; HUERTAS, J. M. y RURAS, A.: *vuit anys de resistència catalana (1939-1959)*, Barcelona, La Magranera, 197B, pp. 96-99. Del mismo MANENT, A. véase su artículo: «La Víspera, revista monárquica clandestina del 1951», en su libro *del 1936 al 1975. Estudis sobre la Guerra Civil i el franquisme*, Barcelonella, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999, pp. 181-190. A parte de estos personajes, la causa monárquica «oficial» se agrupaba alrededor del barón de Viver, Josep M. Trias de Bes, Santiago Nadal, Kamion d'Abadal i d'Vinyals, etc., que formaban el núcleo esencial de consejeros privados catalanes, en contacto directo con José M. Pemán, Jesús Pabón, José de Yanguas, etc.

¹³ Carta de José Luis de Urruela a José M. Pemán, 4 julio 1962, AAP. En ella Carta posterior a la reunión de Munich, Urruela explicaba que, en la reunión en

Si José Luis de Urruela, aparentemente, iba por libre, el historiador Ramon d'Abadal i de Vinyals convocó una reunión en su domicilio, a la que asistieron el barón de Viver y Josep M. Trias de Bes, dos de los consejeros más conspicuos y veteranos de la causa juanista en Cataluña. Se discutió el asunto de Múnich y la progresiva marginación de los consejeros catalanes dentro del Consejo Privado del conde de Barcelona. De esta reunión salieron unas notas, redactadas por Abadal para el barón de Viver, en las que, entre otras cosas, se decía lo siguiente: «Mirat per sobre, i fugint de l'anecdota, dona la impressió que la direcció de la “causa” (el mot és desplaent) monarquica és un joc d'afficionats, mancat d'alta visió política. Al meu entendre és molt més ferma la posició d'Unió Espanyola, vers la qual sembla que els nostres directius sofreixen un complex de celos»⁴¹.

Junto con la carta, Abadal preparó un extenso informe, muy crítico con el conjunto de la causa monárquica y, más en particular, en relación a las actitudes tomadas tras la reunión de Múnich. Empezaba acusando a la Comisión Permanente de «haber obrado ligera y precipitadamente», siguiendo el camino que le había marcado el gobierno franquista y publicando dos notas oficiales, en las que la primera padecía «de una redacción extremadamente confusa». La segunda nota, que recogía las declaraciones del conde de Barcelona a Pemán y Garda Valdecasas, «es de una gravedad inexcusable». Se había colocado al conde de Barcelona en una situación comprometida, se le había obligado a tomar una posición partidista, cuando, precisamente, la función del Consejo Privado era protegerlo y ayudarlo en situaciones como éstas.

Todavía más grave, «se ha condenado al Sr. Gil Robles con la máxima sanción posible, la expulsión violenta del Consejo, *sin oírle antes*. ¡Qué contraste con el Gobierno que, a pesar de hacerle acusar por la prensa (se ha guardado bien de hacerlo directamente) del delito

el domicilio del barón de Viver, los consejeros catalanes habían evaluado el *Boletín de la Secretaría* con las notas acerca de Munich y lo habían «considerado tan catastrófico que [...] decidimos no proceder a su distribución en Cataluña» (carta de José Luis de Lruela a José M. Pemán, 27 de julio de 1962, AAP).

⁴¹ Carta de Ramon d'Abadal al barón de Viver, 25 de junio de 1962, AAP. La Unión Española, organización dirigida por Joaquín Satrústegui, declaradamente monárquica, había tenido un papel muy destacado en el asunto de Munich y se había colocado abiertamente del lado de la oposición antifranquista. En este sentido, era un grupo demasiado radical para el gusto de la inmensa mayoría de los consejeros privados del conde de Barcelona. Véase, por ejemplo, VILAR, S.: *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura, 1939-1969*, París, s.a., pp. 575-580.

de traición en lugar de entregarle al Juzgado le ofrece escoger la sanción preferida!».

A partir de este punto, Abadal extendía su análisis crítico de la situación, hasta llegar a una crítica global de la causa monárquica y su futuro. Las conclusiones eran contundentes:

La conclusión es que hay algo que no funciona bien en el Consejo Privado de S. M. Sobran consejeros y falta un verdadero Consejo. Que hayan podido tomarse decisiones tan importantes a espaldas de la representación catalana no es aceptable. Que se dé en el Consejo beligerancia a señores que no representan más que peñas caseras y caducas, tampoco es explicable. Que se admita la presencia de personas poco fiadas políticamente, no tiene excusa. Que el Consejo viva dentro de la atmósfera cerrada y enrarecida de Madrid, más atento a la pequeña anécdota de peña que a los latidos profundos de la general opinión, es altamente petjudicial a los fines que se propone. Que venga obligado a hablar periódicamente a través de un Boletín oficial, sin tener nada que decir, o sin poder decir lo que tiene que decir, es petjudicial. El silencio eventualmente y con su misterio, es arma de una eficacia mucho mayor que un Órgano público no libre, con aire de intervenido.

Falta sentar una política concreta y definida. No para airearla, pero sí para norma interna de dirección y conducta.

Debe establecerse concretamente sobre qué va a basarse la fuerza de la Monarquía para que el país sienta la necesidad de su retorno como una solución política; qué ofrece para el día de mañana. La Monarquía, como simple Monarquía, sólo es sentida en sectores reducidos.

Debe fijarse claramente su posición en relación con el actual Régimen. Si constituye una oposición o una continuación y, en su caso, qué oposición o qué continuación. No puede prolongarse la situación oscilante actual en que se es juego del Gobierno, a ratos en posición oficiosa, a ratos en semiclandestinidad, siempre como esperando prosperar no por propia fuerza sino de favor. Esto quita toda autoridad y fuerza frente al Gobierno y ante el país.

No se trata de conspirar pero hay que dar al país la sensación de que la Monarquía en la persona de Don Juan (cuidado con los movimientos alrededor del Príncipe), es la única solución posible en el momento de vacío que se producirá a la falta del Caudillo, y, por otra parte, una solución que suponga una ascensión nacional e internacional para el país, y el cese de fiección que le está ahogando. Hay que aprovechar las profundas contradicciones que envuelven al Régimen y su Gobierno. Hay, por último, que dejar sentado que «la España de Franco» es la «España de Franco», no la España de los españoles, y que el Rey debe ser el Rey de los españoles¹⁵.

¹⁵ La opinión de José Luis de Urruela (carta a José M. Pemán, 27 de julio de

La crisis provocada por la reunión de Múnich; la reacción de rechazo del conde de Barcelona y de sus principales consejeros; la expulsión de José M. Gil Robles del Consejo Privado; las duras críticas de algunos consejeros catalanes; todo ello son elementos que muestran bien a las claras los límites de una disidencia que, paradójicamente, nunca quiso ser alternativa al régimen. Lo decía bien a las claras Ramón d'Abadal:

Era concebible un partido monárquico en tiempo de la República. Podría serlo hoy si se proyectara la Monarquía como posición sustitutiva del Régimen caudillista que nos gobierna. Pero opino yo que nadie cuando menos en el Consejo, cree en la posibilidad de implantarla contra y durante el Caudillaje. Otra cosa sería de una ingenuidad desarmante y más después de la evolución política que se está dihujando como rectificación de los nefastos veinte años de totalitarismo incompetente que tan profundo perjuicio moral y material causaron a España [...].

La Monarquía no puede venir más que como una sucesión al Régimen de Caudillaje, cuando falle el Caudillo. Y como dice muy bien V. Señor Presidente, vendrá entonces en todo caso como una «easi necesidad física», no porque exista un estado de opinión monárquica (que no existe, ni veo manera de crearlo, en todo caso no será con el *Boletín*), sino porque habrá que llenar el pavoroso vacío que se producirá indefectiblemente, sea en el primer momento (y mejor que sea entonces), o al cabo de muy poco tiempo. No cabe pensar en un nuevo Caudillo, pues la historia no los repite; los caudillos nacen, no se elaboran ni crecen en laboratorios jurídico-políticos; ni cabe pensar en la continuidad estable de un Régimen que vive ya ahora en estado de contradicción, sólo sostenido por el nudo del Caudillo¹⁶.

Augurios al margen, Abadal sólo constataba lo que era previsible desde casi el final de la guerra: el grueso de la causa monárquica

1962, AAP) era mucho más contundente y radical. Para Urruela, las notas oficiales del *Boletín de III Secretaría* habían tenido, como consecuencia más directa, «la identificación de ideales de Franco y el Rey» en el rechazo «final» a la reunión de Múnich. Los consejeros demócratas eran expulsados, como en el caso de Gil Robles: «En cambio, a los que realizan actos franquistas no se les expulsa. El triste papel de Valdeiglesias en Munich al servicio del franquismo se torua como algo natural por el Consejo; el nombramiento de Luca de Tena (como embajador de Franco también es perfectamente natural...)». Y terminaba la carta con un tono todavía más contundente: «El Consejo Privado, más que Consejo del Rey, parece el Consejo de Franco. Ésta es una impresión, y desgraciadamente no es sólo mía. [...] Todos los sectores políticos pensantes de Cataluña, monárquicos o simpatizantes con la Monarquía, están totalmente decepcionados por el triste papel que está desempeñando el Consejo Privado del Rey.»

¹⁶ Carta de Ramón d'Abadal i de Vinyals a José M. Pemán, 10 de febrero de 1963 (AAP).

solamente aspiraba a la jubilación del dictador. Ni Torcuato Luca de Tena, ni Alfonso Garda Valdecasas, ni José M. Pemán, ni Gonzalo Fernández de la Mora, ni el marqués de Valdeiglesias, etc., pretendían otra cosa: una sucesión ordenada y férreamente controlada, en la que expresiones como Constitución democrática, sistema de partidos, resolución de los problemas vasco o catalán, no eran exactamente prioridades a resolver⁴⁷.

⁴⁷ En un borrador de carta al conde de Barcelona (JO de febrero de 1963), Abadal lo expresaba de la forma siguiente: «la posición más prudente para la Monarquía es no comprometerse en ningún sentido, quedar a la expectativa, para encontrarse libres de manos en el *momento oportuno*; y reunir entretanto los mayores y mejores triunfos»; este «momento oportuno» «no puede ser otro que el de la sucesión de Franco. ¡Cuidado en no estropearlo! Para después los programas».